

dignación de sus damas de honor (1). Quiso tomar á su cargo la educación del hijo de Iturbide. La madre, que había consentido desde luego, exigió después que se le devolviera su hijo y fué á quejarse á Washington y á París de que no se le devolvía. Asistió á la inauguración solemne de una estatua de Morelos, uno de los autores de la independencia mexicana; preparó un proyecto de emancipación de los jornaleros indios (2), *peones*, que eran algo así como esclavos de los hacendados. Pero nada de eso mejoraba la situación: el movimiento de insurrección, reprimido en un punto, renacía en otro; Matamoros, defendido por Mejía, estaba incesantemente amenazado. Bazaine escribía á Napoleón: «Se gasta mucho y se cobra poco; la confianza y el crédito son nulos» (3).

La profunda indignación que causó el decreto del 3 de octubre, aprovechó á Juárez: desde su aldea fronteriza, era más dueño de las almas que Maximiliano en México. Su poder presidencial tocaba á su fin. Constitucionalmente, en caso de quedar vacante la presidencia, ésta correspondía de derecho al presidente de la Suprema Corte de Justicia, González Ortega; pero Juárez estimó que esa disposición era inaplicable, porque la presidencia no estaba vacante: había solamente imposibilidad de proceder á la elección. El mismo prorrogó sus poderes (8 de noviembre de 1865) hasta que fuese posible verificarla. Y como González Ortega reclamase, le declaró, por medio de otro decreto, destituido de su cargo por el delito de abandono del servicio militar desde hacía nueve meses, que había permanecido en los Estados Unidos. Con raras excepciones, nadie reclamó y Juárez siguió siendo reconocido como jefe incontestable de la república militante.

1 Van der Smissen á su ministro, 8 de octubre de 1865.—NOTA DEL AUTOR.

2 1.º de noviembre de 1865.—NOTA DEL AUTOR.

3 Bazaine al emperador Napoleón, 28 de noviembre de 1865.—NOTA DEL AUTOR.

Cada día era menos dudoso que Maximiliano se acercaba á la hora de la ruina. Un antiguo ministro juarista, Jesús Terán, establecido en Suiza, y que, antes de la aceptación de la corona, había tratado de disuadirle, se creyó obligado á hacerle una última advertencia: «Creo que ha llegado para el archiduque el instante de reflexionar seriamente en lo precario de su situación, y de salir de México, antes de que la fuerza de las cosas le obligue á ello. La falta de confianza en la estabilidad del imperio va en aumento y tiende á generalizarse; no está lejos el día en que ese desafecto se extienda á toda la población. Si yo estuviese en su lugar, celebraría un armisticio con el gobierno constitucional, firmaría un tratado lo más conveniente que fuese posible, despediría al ejército francés, conforme al convenio de Miramar; publicaría en fin un manifiesto explicando mi conducta y abandonaría el país, cumpliendo así la promesa hecha de retirarme luego que reconociera que mi presencia fuese contraria al voto popular».

Maximiliano no tomó de esta carta más que lo relativo á concluir con Juárez un armisticio; parecióle aquello un acto de profunda diplomacia, y contestó: «Mucho deseo entenderme con Juárez; pero ante todo debe él reconocer la resolución efectiva de la nación y es preciso que se decida á colaborar con su inquebrantable energía y con su inteligencia en la difícil obra que he emprendido. Que venga á ayudarme sincera y lealmente, y será bien recibido, como lo son todos los mexicanos» Era en verdad sorprendente la ingenuidad de aquel pobre príncipe!

Empero, por más ingenuo que fuese, se daba cuenta de las invencibles dificultades de su situación y las explicaba á Napoleón en una carta que acababa de fijar las relaciones entre ambos y las recíprocas responsabilidades: «Para desarrollar los recursos y volver fáciles los cobros, y para que esos recursos no sean en parte absorbidos, es preciso que el imperio esté pacificado. Es ése un problema á cuya solución es urgente llegar, porque la guerra arruina al tesoro mexicano, extrayéndole sesenta millones anuales. Se siente uno inclinado á creer que la formación de un ejército nacional no es posible, puesto que el mariscal, encargado de ella por un decreto firmado dos días después de mi llegada, no la ha logrado aún. Nunca me ha faltado buena voluntad para alcanzar ese fin. Solicité generales, como Brincourt, Lhéruillier, Delajaille, y oficiales franceses,

para emprender esa tarea; pero no pude obtenerlos, y me he visto obligado á recurrir al Gral. Thun, en quien tengo una confianza limitada. Los regimientos, los batallones, las baterías, que estaban en vía de formación, no han podido acabar de formarse, porque órdenes súbitas del mariscal han dispersado sus elementos por medio de movimientos militares divergentes. Esas han sido las causas de que no haya podido formarse un ejército nacional, como lo deseo de todo corazón. He insistido en la necesidad de una pacificación pronta, para lograr el equilibrio hacendario; pero, eso supuesto, ¿cómo explicar el regreso precipitado de las tropas á Europa, regreso que está en contradicción con la voluntad del emperador de los franceses y con los tratados que hemos firmado? Y eso se ha hecho precisamente en los momentos en que hay disidentes á dos horas de marcha de la capital! ¿Cómo explicar el sistema de enviar tropas á puntos importantes y retirarlas ocho días después, sacrificando á las personas que se habían declarado por el imperio, como se ha hecho tres veces en Monterrey, cerca de la frontera yanqui, y en Chihuahua, destruyendo la buena organización gubernamental que el Gral. Brincourt había logrado en algunos días de ocupación? Os he probado con los documentos que os he enviado, que habríamos podido en enero de 1865 no tener ya déficit, y que si lo hemos tenido ha sido sólo á causa de las operaciones de guerra. Si otras medidas han gravado el presupuesto y no han sido siempre aprobadas, ¿de dónde ha provenido la insistencia que me ha obligado moralmente á celebrar un arreglo deplorable con Jecker, sino á que he creído ingenuamente hacer un servicio á mi mejor amigo, que es el emperador Napoleón? Lo digo con franqueza á V. M., esta situación es difícil para mí, y añado, como amigo bueno y fiel, que es peligrosa para ambos: para vos porque sufre menoscabo vuestro glorioso nombre; para mí, porque mis intenciones, que son las mismas vuestras, no pueden realizarse. Con estos procedimientos militares y hacendarios, la grande idea de la regeneración de México quedará perdida. Sin orden ni economía y con un déficit siempre creciente, no puedo gobernar. Con poblaciones cuya confianza no puede obtenerse por lo efímero de nuestra protección, no puedo hacer nada estable. Porque todos saben que, al volver los guerrilleros, los que se han declarado favorables al imperio serán fusilados sin misericordia, y todos se cui-

dan de manifestar simpatías hacia un gobierno incapaz de defender á sus súbditos.—Por otra parte, el viaje de la emperatriz, que ha ido sola á Yucatán, en donde ha encontrado la más simpática acogida, ha hecho ver que mi gobierno ha echado raíces hasta en los límites extremos del país, hasta en el corazón de los que menos se aprovechan de sus beneficios. Por eso tengo la firme intención de realizar todas las mejoras posibles. Reconozco la necesidad de reducir los gastos. Estableceré nuevos impuestos y expediré reglamentos para que el dinero de los contribuyentes ingrese con toda certeza al tesoro. Si V. M. consiente en ayudar á México durante el corto tiempo que será aún necesaria su ayuda para que esas reformas den sus resultados, no dudo que mi gobierno se ponga en pocos meses en condiciones de cumplir con todos sus deberes. Tal es la opinión del Sr. Langlais.—Pero hay otro punto acerca del cual deseo dar á V. M. una idea clara, por temor de que informes inexactos le induzcan á dictar una medida fatal. La prensa europea da á entender que V. M. tiene la intención de manifestar públicamente que, en un corto plazo, retirará sus tropas de México, por medio de un arreglo análogo á la convención del 15 de septiembre. *Debo decir á V. M. que tal declaración aniquilaría en un solo día la obra penosamente realizada con tres años de esfuerzos, y que la publicidad de esa medida, unida á la negativa de los Estados Unidos de reconocer mi gobierno, bastaría para destruir todas las esperanzas de las gentes honradas y aniquilar por siempre la confianza pública. Hay más aún: el honor del ejército francés sufriría deplorable menoscabo en la opinión de toda la América, porque se atribuiría á otros motivos tan violenta retirada.* El tiempo es un auxiliar indispensable para la regeneración de un pueblo que ha sufrido trastornos durante medio siglo, y en cuyo seno hay todavía dieciséis mil guerrilleros. La nación mexicana no desespera del porvenir, porque sabe que V. M. ha formalmente declarado que sus tropas no evacuarán á México mientras su comandante en jefe no haya pacificado al país destruyendo toda resistencia. Decirle ahora lo contrario, sería provocar la más viva alarma y exponerse á los peores resultados.—Para lograr un completo acuerdo, único medio de aclarar la situación, he manifestado á V. M. mis opiniones más secretas, y le ruego me corresponda con igual franqueza, señalándome todos los errores que puedo haber cometido y dándome consejos que me enorgullecerán,

porque dimanen de la primera capacidad de nuestro siglo y de un amigo á quien he amado desde que tuve la dicha de conocerle. Para mayor seguridad, os envió esta larga epístola por conducto de un amigo fiel: el Sr. Loysel. Doy á este señor la orden de que me busque en Europa colaboradores útiles, inteligentes, como el Sr. Langlais, para que me ayuden en la pesada tarea de gobierno, puesto que éstos son los elementos que faltan á este desgraciado país, embrutecido durante tres siglos y removido hasta en sus cimientos durante los cincuenta últimos años. En México no es posible constituir un gobierno con europeos, porque eso equivaldría á desencadenar la revolución; pero sí se puede poner en el rodaje ejes como el Sr. Langlais, para que la máquina funcione con mayor regularidad y rapidez. Pero nada de eso se logrará si la dirección militar sigue sordamente una marcha contraria; los mejores elementos quedarán inutilizados, como lo han sido los Budin, los Corta, los Bonnefonds etc., etc.» (1).

La dirección militar preocupaba constantemente á Maximiliano. A causa de ella se le cometi6, al día siguiente á aquel en que escribió la carta anterior, una impertinencia que aumentó su descontento. Había pedido que se purgara á México del coronel Dupin, jefe de la contra-guerrilla, cuyas severidades habían provocado numerosas rebeliones; pero Dupin había sido repuesto en su empleo. En una reunión del cuerpo diplomático, Maximiliano se acercó á Dano y le dijo: «¿Por qué está aquí Dupin? Yo escribí pidiendo que no volviera. Esta es la primera vez que se me desobedece. Decidlo de mi parte al mariscal Bazaine».

Dano se quejó y obtuvo satisfacción por esta reprimenda. Bazaine tomó la cosa con más altanería y escribió á Maximiliano: «Sire: S. E. el ministro de Francia me ha comunicado las manifestaciones de desagrado y las censuras que V. M. le ha encargado me transmita, referentes á una determinación tomada por nuestro ministro de Guerra y relacionada con la disciplina del ejército francés que me está confiada. La publicidad de ese descontento me obliga á protestar, porque un mariscal de Francia no depende más que de su soberano, y como considero esas censuras, formuladas *en presencia de todo el cuerpo*

1 Maximiliano á Napoleón, 27 de diciembre de 1865.—NOTA DEL AUTOR.

diplomático, como inmerecidas, y como creo que pueden, además, menoscabar la consideración que debe tenerme el ejército y dificultar el cumplimiento de la misión que desempeño cerca de V. M., tengo la honra de participaros que serán transmitidos á quien corresponde, manifestándole la penosa impresión que han producido en quien ha servido siempre á V. M. con celo y lealtad» (19 de enero de 1866).

VI

Cuando las quejas de Maximiliano llegaron á París, encontraron al emperador en controversia con un actor que acababa de presentarse en escena y que era preciso tomar en consideración seriamente.

Desde el primer día de nuestra expedición, el pueblo americano había dado incesantes pruebas de su simpatía hacia los republicanos de México. La carta del emperador á Forey, en que fijaba como objeto de la guerra el detener la expansión anglosajona en el Nuevo Mundo, había hecho de la expedición mexicana un negocio propio de los Estados Unidos. Aquellos sentimientos, reprimidos durante la lucha civil, hicieron explosión luego que ella terminó con el triunfo del derecho. El partido victorioso expresó con violencia su voluntad de recoger el guante que, con la carta imperial, había sido arrojado á la faz del pueblo americano. Su héroe, el Gral. Grant, excitaba á sus compatriotas á sostener, aun á costa de la guerra, la doctrina Monroe y á obligar á los latinos á que volvieran á su mundo agotado y degenerado. Dinero y voluntarios eran enviados á México. El Gral. Johnson, que había ocupado la presidencia después del asesinato de Lincoln, y su ilustre ministro de Estado, Seward, moderaban esos sentimientos, pero dándoles cierta satisfacción. Así fué como, habiéndoles dirigido una carta *el sedicente emperador de México*, como llamaban á Maximiliano, se negaron á recibirla (17 de julio de 1865); como protestaron ante Drouyn de Lhuys contra el sanguinario decreto del 3 de octubre, y como, habiéndoles éste contestado: «¿Por qué no os dirigís á Maximiliano?», Seward dijo el por qué en una

nota dirigida al embajador en París, Bigelow, y que fué leída á Drouyn de Lhuys. «La presencia, decía esa nota, y las operaciones de un ejército francés en México, la autoridad que sigue ejerciendo por la fuerza y no por consentimiento del pueblo mexicano, causan profunda pena á los Estados Unidos, que consideran y considerarán siempre la tentativa de establecer de una manera permanente un gobierno extranjero en México, como condenable é impracticable. No están dispuestos á reconocer ni á comprometerse á hacerlo más tarde, instituciones políticas contrarias al gobierno republicano con quien han mantenido durante tanto tiempo relaciones amistosas. No tengo necesidad de repetiros lo que he dicho ya acerca del deseo de conservar nuestras antiguas relaciones con Francia; pero ese deseo aumenta nuestra pena de no haber recibido del gobierno francés ninguna comunicación oficial ni oficiosa que nos haga esperar que Francia se apreste pronto, en cuanto de ella dependa, á remover las causas de la profunda inquietud que nos inspira el desacuerdo entre ambas naciones» (6 de noviembre de 1865).

Drouyn de Lhuys contestó con sofismas referentes al interés y á la dignidad que nos habían movido á recurrir á las armas: «¿Cuál es ese gobierno de Juárez por el que os interesáis? No tiene ejército, ni hacienda, ni administración, ni capital. ¿Quién conoce los nombres de sus funcionarios ni de sus oficiales? Su poder es una ficción» Empero, á pesar de su aparente seguridad, las observaciones perentorias de los Estados Unidos daban en que pensar al gobierno francés, que trató de establecer un acuerdo sobre las siguientes bases: «Que el Gobierno de los Estados Unidos dé alguna garantía de que no intentará oponerse á la consolidación del nuevo orden de cosas establecido en México, reconociendo á Maximiliano, y entonces no tendremos dificultad en entrar en arreglos para retirar nuestras tropas en un plazo razonable, que podremos fijar» (30 de noviembre de 1865). Esta inconsiderada proposición recibió la siguiente respuesta: «El presidente se siente feliz por la manifestación que hacéis de las buenas disposiciones del gobierno francés. Sin embargo, siento mucho deciros que la condición propuesta es una de las que nos parecen absolutamente impracticables. La causa real de nuestro descontento nacional estriba en que la presencia actual de un ejército francés en México, es un golpe dirigido contra la existencia de un gobierno indígena y republicano que ha sido fundado por

el pueblo y por el cual los Estados Unidos no han cesado de tener las más vivas simpatías, y en que aquel ejército haya ido con el manifiesto propósito de destruir dicho gobierno y de establecer sobre sus ruinas un gobierno monárquico extranjero cuya existencia en México, por más tiempo que sea tolerada, no podrá ser considerada por el pueblo americano sino como perjudicial y amenazadora para las instituciones republicanas que se ha dado y á las cuales sigue siendo sinceramente adicto. Deseamos sinceramente que esa gran nación, Francia, llegue á comprender que no es incompatible con sus verdaderos intereses, ni con su honor, que está colocado tan alto, abandonar la actitud agresiva que ha asumido en México, retirándose de ahí en un plazo razonable y conveniente, para dejar al pueblo mexicano el libre goce del sistema de gobierno que ha escogido y al cual ha dado pruebas de adhesión tan decisivas como conmovedoras. Los Estados Unidos abrigan una esperanza tanto más grande de llegar á esa solución de la dificultad, cuanto que siempre, menos durante el transcurso de los cuatro últimos años, cuando se preguntaba á un ciudadano americano cuál era el país de Europa que tenía menores probabilidades de enajenarse la estimación de los Estados Unidos, había inmediatamente contestado: Francia» (6 de diciembre de 1865.)

VII

Hasta entonces, el Emperador Napolón, engolfado en la corrección de las pruebas de su *Vida de César* y aletargado con la seguridad y la confianza que le infundían los informes optimistas de Bazaine, no se había dado cuenta de la verdadera situación. Pero las notas de Seward se la descubrieron de súbito. Vió netamente que la permanencia de nuestras tropas en México ocasionaría sin duda alguna la guerra con los Estados Unidos. El Congreso americano, de quien dependía la dirección de la política extranjera, era más terminante que el presidente y su ministro, y el presidente futuro, Grant, lo sería más aún. Ahora bien, la guerra con los Estados Unidos, suponiendo que el país la permitiese, significaría el gasto de miles de millo-

nes y el sacrificio de centenares de miles de hombres, sin esperanza de un éxito definitivo. Napoleón no se obstinaba contra la evidencia: colocado en la disyuntiva de sufrir una catástrofe si persistía, ó una humillación si se retiraba, optó por la humillación y se resolvió á abandonar á México.

Drouyn de Lhuys no insistió ya cerca de los Estados Unidos para obtener el reconocimiento de Maximiliano; se limitó á pedirles que no fueran á derribarle después de nuestra retirada: «Confianza en el espíritu de equidad del gabinete de Washington, esperamos que nos asegure que el pueblo americano, acatando la misma ley que invoca, observará con respecto á México una estricta neutralidad. Cuando nos hayáis comunicado la resolución del gobierno federal á ese respecto, estaré ya en condiciones de indicaros el resultado de nuestras negociaciones con el emperador (Maximiliano) para la retirada de nuestras tropas» Agregaba á esta proposición explicaciones justificativas de la intervención francesa en México. (1)

Seward contestó á esas explicaciones de una manera casi brutal: «Los Estados Unidos no han visto ninguna prueba satisfactoria de que el pueblo mexicano haya manifestado su voluntad ni establecido ó aceptado el llamado Imperio, que se dice haber sido fundado en su capital. Tal consentimiento no podía ser libremente obtenido ni acogido en ninguna época en presencia del ejército francés invasor. La Unión no reconoce, pues, ni debe reconocer en México más que á la antigua república. No puede en ningún caso consentir en comprometerse á nada que implique, sea directa, sea indirectamente, entrar en relaciones con el príncipe Maximiliano ó reconocerle. Hasta añadiré: creemos que el emperador nos ha manifestado su intención de hacer cesar el servicio de sus ejércitos en México, de llamarlos á Francia y de acatar fielmente, sin estipulación ni condición por nuestra parte, el principio de no intervención, acerca del cual está de hoy más de acuerdo con nosotros. En opinión del presidente, Francia no tiene razón para retardar ni un instante la retirada prometida de sus fuerzas militares de México, por temor de que los Estados Unidos dejen de ser fieles al principio político que he sostenido en su nombre, en cumplimiento de un deber. Washington fijó nuestra regla de conducta, y á sus indicaciones nos hemos ceñido estrictamente

1 26 de diciembre de 1865.—NOTA DEL AUTOR.

tamente en todo el período de nuestra historia. Un tratado formal haría surgir objeciones por no ser necesario, y el presidente no tiene derecho de comprometer á la nación por medio de una nota diplomática que parezca un tratado, el cual exigiría la aprobación de las dos terceras partes del Senado. Quedaremos, pues, encantados cuando el emperador nos dé noticia definitiva de la época en que podremos contar con que terminen las operaciones de Francia en México» (12 de febrero de 1866). Así, los Estados Unidos se negaban á toda especie de compromiso, lo mismo al de la neutralidad que al de reconocimiento. Era ése un nuevo fracaso que había que agregar á la ya larga lista de los de nuestra diplomacia.

VIII

Sin esperar siquiera el resultado del último paso dado para disimular su humillación, el emperador decidió retirar sus tropas, y Drouyn Lhuys lo comunicó al ministro sucesor de Montholon: «El gobierno mexicano no está en posibilidad de suministrar los recursos pecuniarios indispensables para sostener nuestra situación militar, y ha solicitado de nosotros que tomemos á nuestro cargo la mayor parte de los gastos de su administración interior. Sus dificultades no son nuevas y ya varias veces hemos procurado remediarlas, facilitándole el arreglo de empréstitos que han puesto á su disposición sumas considerables; pero ya es imposible recurrir al crédito. ¿Qué nos queda que hacer en vista del agotamiento del tesoro mexicano y de las cargas que ese agotamiento echa sobre nosotros? En nuestro presupuesto no hay partida que nos proporcione manera de colmar tal déficit, y no pudiendo México pagar las tropas que tenemos en su territorio, nos es ya imposible sostenerlas. En cuanto á pedir á nuestro país nuevos créditos, la opinión ha manifestado ya, de irrecusable manera, que ha llegado al límite de sus sacrificios: Francia no querrá dar ya nada y el emperador nada le pedirá» (14 de enero de 1866). Y añadía otra consideración verdaderamente cruel, que debió haber hecho mucho tiempo antes: «¿Acaso el interés bien entendido del emperador,

no estaba en concordancia con las exigencias ante las cuales tenemos que inclinarnos? De todos los reproches que formulan los disidentes en el interior y los adversarios en el exterior, el más peligroso para un gobierno es el de no ser sostenido más que por fuerzas extranjeras. Sin duda el sufragio de los mexicanos ha contestado á esta imputación; pero subsiste, sin embargo, y sería útil para la causa del emperador arrebatarse esa arma á sus adversarios». Esta nota de Drouyn de Lhuys es, de todas las que envió á México, acaso la única que escribió con convicción.

Al día siguiente, 15 de enero, el mismo emperador Napoleón anunció á Bazaine lo que había resuelto: «Las dificultades que suscita incesantemente la expedición, me obligan á fijar definitivamente la época del llamamiento de nuestras tropas. El más largo plazo que puedo conceder para el regreso de nuestro cuerpo de ejército, regreso que debe verificarse en escalones sucesivos, es el año próximo. Os envío al baron Saillard para que se entienda con vos y con el emperador Maximiliano en lo referente á la ejecución de esta medida. Quisiera que la evacuación no comprometiera el poder del emperador Maximiliano. Poned, pues, los medios para organizar sólidamente la legión extranjera y el ejército mexicano. Es preciso que el emperador se muestre enérgico y encuentre en su país los recursos necesarios para erogar sus gastos».

Saillard fué, pues, á llevar á Maximiliano la noticia de su abandono. Era portador de una carta del emperador á Bazaine más explícita que la precedente: «Circunstancias más poderosas que mi voluntad me obligan á evacuar á México; pero no quiero hacerlo sin dejar al emperador Maximiliano la legión extranjera y otros elementos para sostenerse con sus propias fuerzas. Es, pues, necesario que pongáis todo vuestro celo y toda vuestra inteligencia en organizar algo perdurable en el país, con el objeto de que nuestros esfuerzos no resulten estériles. Tenéis, para llevar al cabo esa tarea, de un año á dieciocho meses. Si, por acaso, el emperador Maximiliano no tiene la energía suficiente para permanecer en México después de la salida de vuestras tropas, será preciso que convoquéis una junta y organicéis un gobierno, y que logréis, por vuestra influencia, la elección de un presidente de república cuyo

poderes duren de seis á diez años. Ese gobierno deberá naturalmente comprometerse á pagar la mayor parte de nuestros créditos. Pero es claro que sólo debéis recurrir á este medio en la última extremidad. Mi más ardiente deseo es que el emperador Maximiliano pueda sostenerse» (15 de enero de 1866).

IX.

El emperador había bien comprendido que no se podía honrosamente abandonar á Maximiliano, sino después de haberle formado un ejército. Ahora bien, ¿en qué estado se encontraba aquél en cuya reorganización se trabajaba desde hacía tres años? Escuchad á los testigos oculares.

El teniente coronel Van der Smissen escribía á su ministro en Bélgica: «No es posible que nadie en Bélgica se forme una idea del ejército mexicano; es decir, de los cinco ó seis mil bandidos que lo componen, arrieros, panaderos, que han sido del día á la mañana ascendidos á coroneles. El mismo Gral. Méndez, uno de los mejores, era hace doce años aprendiz de sastre y se le perseguía por un robo de pañuelos cometido en México. Para reunir gente, se cogía á los hombres por fuerza y se les llevaba al cuartel entre dos filas de bayonetas. Luego que se les hacía pasar por un campo de caña en que podían ocultarse, se desertaban.» Y el oficial belga daba la última pincelada á su cuadro, haciendo esta predicción: «El día en que el ejército francés se embarque, el imperio mexicano se desplomará estruendosamente».

Bazaine pensaba lo mismo: «Con respecto al ejército mexicano, el estado adjunto indicará á V. M. que su efectivo tiene ya cierta importancia; pero necesita moralizarse, adherirse á la causa que sirve, y eso no puede lograrse en un año. Es preciso también que en sus cuadros se encuentren representadas todas las clases de la sociedad mexicana y todas las razas que la componen, lo cual no ha sucedido hasta hoy. La ley de reclutamiento que acaba de promulgarse dará ese resultado si se cumple con ella estrictamente; pero es de temer que los

hijos de familia continúen negándose á formar parte del ejército, que se encuentra así bajo la influencia de las intrigas ambiciosas de gentes de baja ralea. En cuanto á los soldados rastos, que son casi siempre indios de sangre pura, obedecen sin adhesión, porque creen siempre que sirven á extranjeros hostiles á su raza. Eso explica sus numerosas deserciones y su indiferencia para cualquiera empresa militar. Ese es el lado malo de su carácter, extremadamente dócil, que les hace servir lo mismo á una causa buena que á una mala, porque sólo siguen á los más emprendedores. Precisa, pues, llegar, por medio de buenas leyes y con tiempo, á la homogeneidad nacional y al desarrollo de la organización comunal, para tener ciudadanos mexicanos que sean solidarios los unos de los otros. Pero no hemos llegado ahí todavía, desgraciadamente. La intrusión del elemento europeo en el ejército mexicano, conservando dicho elemento su nacionalidad y teniendo bajo sus órdenes á los oficiales del país, es otra causa de perturbación en la jerarquía de este nuevo ejército, en el cual, sin embargo, suelen brillar chispas de la altivez y de la gloria de la tradición castellana» (1).

Evidentemente, la conclusión de Bazaine era la misma que la del oficial belga: no podía en un año hacerse que ese ejército sirviera para algo; se necesitaba el transecurso del tiempo. El mariscal lo pensaba, lo insinuaba; pero, como no sabía si con su franqueza complacería ó desagradaría, no se animaba á decirlo y no lo dijo. Al través de sus informes no miró jamás de frente.

Teniendo del ejército mexicano la opinión que Bazaine tenía, un hombre perspicaz, decidido y de corazón, habría contestado á las dos cartas del emperador en los siguientes términos: «Sire: Ninguna de las labores que me imponéis es aceptable: consolidar á Maximiliano en algunos meses, constituirle una ejército y organizarle una hacienda pública, está fuera del alcance de las fuerzas humanas. Ya he dicho lo que su ejército vale; su hacienda está en tan completo desarreglo, que el Sr. Langlais, á quien el emperador Maximiliano había dado todas

1 Bazaine á Napoleón, 9 de enero de 1866.—NOTA DEL AUTOR.

las facultades, acaba de morir en la empresa, después de haber perdido la esperanza de realizarla» (1).

La situación general era mal. Abandonado á sí mismo, Maximiliano perecería ciertamente: «Casi todo el oeste del imperio está en poder de los disidentes, y en el norte las cosas no marchan mejor. El incendio y pillaje de Tantoyuquita han consternado á todo Tamaulipas. Si el general mexicano Méndez acaba de obtener un éxito brillante, no por eso Michoacán deja de estar en completa rebeldía. Todo el sur, los Estados de Chiapas y Tabasco, lo están igualmente. En tal estado de cosas, sería una quimera pensar en que se aumenten notablemente las rentas públicas y en que se afirmen las garantías que hemos exigido para nuestros créditos. La carga que pesa sobre el gobierno no guarda proporción alguna con sus recursos actuales» (2).

Y no podíamos pensar en derribar nosotros mismos á aquél á quien habíamos llevado y establecido. Habría sido eso poco digno, sobre todo de nuestro honor militar. No podíamos más que hacer ver á Maximiliano la imposibilidad radical de sostener su situación; invitarle á escuchar los consejos de D. Jesús Terán, para que se entendiera de la mejor manera posible con Juárez, con quien podía él tratar mientras nosotros no podíamos; y si, encaprichado en sus locas ilusiones, se obstinaba en no oír nuestros consejos y en no rendirse á la evidencia, habríamos debido embarcarlo por fuerza, traerle con nosotros, porque, por más que dijéramos é hiciéramos, éramos responsables de su ida á México y teníamos obligación de asegurar su vida.

Muy diferente fué el lenguaje de Bazaine. Olvidando lo que hacía pocos días había dicho del ejército mexicano, contestó á Napoleón III: «Las instrucciones de V. M. serán ejecutadas, puesto que la situación es tan próspera cuanto es posible, desde el momento en que los Estados Unidos parecen resueltos á ob-

1 Bazaine á Napoleón, 26 de febrero de 1866. «Tengo que dar una triste noticia á V. M.: la muerte súbita del Sr. Langlais, á quien un excesivo trabajo había fatigado y que se había por un momento desmoralizado por las dificultades que se oponían á cada instante al cumplimiento de su deber. Fué víctima de un derrame cerebral que le sobrevino la noche del 23» —NOTA DEL AUTOR.

2 Dano á Drouyn de Lhuys, 28 de febrero de 1866.—NOTA DEL AUTOR.

servar la neutralidad. Por el informe referente á las fuerzas que serán dejadas para proteger al gobierno imperial, informe que va adjunto á esta carta, el emperador podrá juzgar de la *eficacia* de esa protección armada, que, de ser apoyada con una sana política y una buena administración, me parece *suficiente con amplitud para la consolidación del nuevo imperio*. El Sr. ministro de Guerra tiene un proyecto de organización de la legión extranjera que será dejada al servicio de México, que me parece ofrecer más solidez que el que V. M. ordena que se aplique á ese cuerpo. Las noticias de la frontera del norte, como las de interior, son buenas, y si se aprovecha bien este año, *tengo toda la razón para creer que la resistencia armada no tendrá la menor importancia en 1867*. Tocaré al gobierno mexicano hacer lo demás y será el único responsable de sus faltas; puesto que V. M. habrá hecho por él cuanto ha sido posible. La noticia del regreso del cuerpo expedicionario á Francia ha inquietado á unos y satisfecho á otros; pero los ánimos se calmarán cuando comprendan con qué prudencia V. M. ha trazado la línea de conducta que hay que seguir para que la evacuación sucesiva no comprometa la obra de la intervención francesa» (1).

X.

Maximiliano estaba ausente de México al llegar Saillard, y fué en el campo donde recibió la carta de Napoleón. El mismo día de su regreso á la capital, su ministro de Relaciones Extranjeras, D. Martín del Castillo, envió á Dano una nota concebida en términos poco convenientes y que contenía acusaciones personales y alusiones intolerables, que fueron retiradas.

La irritación de Maximiliano era extrema: amenazaba recurrir á los medios más desesperados y lo menos que pedía era que, si se realizaba la evacuación, su situación quedase definida en una convención que no fuese la de Miramar, la cual le imponía obligaciones que estaban fuera del alcance de los recursos de México. Por último, se negó á entrar en negociaciones con

1 Bazaine á Napoleón, 26 de febrero de 1866.—NOTA DEL AUTOR.

Saillard y contestó con palpitante altivez al mensaje de Napoleón III: «Recibí, por conducto del Sr. Saillard, la amable carta de V. M. fechada en 15 de enero de 1866 y me permito contestarla con entera franqueza. V. M. se cree obligado por una presión súbita, á no poder observar los tratados solemnes que ha firmado conmigo no hace todavía dos años, y me lo participa con una sinceridad que no puede menos de honrarle. Soy demasiado amigo de V. M. para querer ser, directa ó indirectamente, causa de que corráis algún peligro, vos ó vuestra dinastía. Os propongo, pues, con cordialidad igual á la vuestra, que retiréis inmediatamente vuestras tropas del continente americano. Por mi parte, teniendo mi honor como único guía, trataré de arreglarme con mis compatriotas de una manera leal y digna de un Hapsburgo, y pongo mi alma y mi vida al servicio de mi nueva patria. Estoy profundamente agradecido por la dolorosa simpatía que V. M. me manifiesta con motivo de la muerte del rey mi padre, y os ruego aceptéis las seguridades de los sentimientos de alta estimación y de sincera amistad con que quedo etc., etc.» (1).

Saillard partió sin haber podido negociar con el emperador y llevando una carta de Bazaine en que aconsejaba que se arreglara la evacuación sin cuidarse de Maximiliano y sin entenderse con él: «Creo que es preciso proceder sin el consentimiento de la corte de Maximiliano, cuya mala voluntad, fundada en injustas recriminaciones, no está lejos de la ingratitud. En consecuencia, estimo que, cumpliendo con todos los compromisos, la evacuación del cuerpo de ejército puede operarse en tres escalones poco más ó menos iguales: el primero en noviembre de 1866, el segundo en marzo de 1867 y el tercero en diciembre de ese mismo año. El primero será de seis mil hombres y llegará á Francia á fines de diciembre ó en los primeros días de enero, antes de la apertura de sesiones del Cuerpo legislativo. Desde el punto de vista militar, *el país está pacificado como no lo ha estado nunca*. Toca, pues, al gobierno terminar la obra por medio de una política mejor y de una severa administración de sus recursos. Por lo demás, el emperador Maximiliano parece creer que después de la partida de las tropas francesas, toda la nación mexicana se agrupará compacta en derredor de su trono (!!),

1 Maximiliano á Napoleón, 18 de febrero de 1866.—NOTA DEL AUTOR.

puesto que la presencia de un ejército extranjero sólo sirve de pretexto á los verdaderos patriotas para mantenerse alejados de él (!!!). Mientras más tiempo permanezcamos aquí, menos esfuerzos hará el gobierno mexicano para consolidarse. Está, por otra parte, dispuesto á usar mientras pueda de los recursos que V. M. deje á su disposición, considerándolos como pago de una deuda que Francia ha contraído con México. Ahora que la cuestión americana está hecha á un lado, no hay que vacilar, porque la gratitud que obtendríamos prolongando esta situación, ya no sería proporcionada á los beneficios de V. M.» (1)

El estado anexo á esta nota era pura fantasmagoría. De los cuarenta y tres mil doscientos cincuenta y nueve hombres y doce mil quinientos sesenta y ocho caballos á que hacía ascender el efectivo del ejército mexicano, había que deducir, por no tener valor ninguno, las fuerzas rurales móviles, que estaban listas para pasarse al lado de Juárez; es decir, quince mil quinientos quince hombres y cinco mil novecientos ochenta caballos. No se podía contar sino muy poco con las tropas auxiliares, que no eran ni más valientes ni más leales que las fuerzas rurales móviles, y que ascendían á nueve mil doscientos setenta y seis hombres y dos mil seiscientos cuarenta y ocho caballos. Las únicas tropas completamente sólidas eran las austriacas: seis mil cuatrocientos noventa y tres hombres y mil trescientos ochenta y tres caballos, y las tropas belgas: mil ciento veintinueve hombres. Con buena voluntad, podía contarse con las tropas mexicanas permanentes: seis mil ciento ocho hombres y mil quinientos cuarenta y tres caballos. Esas fuerzas útiles, arrojaban un total de trece mil setecientos treinta hombres y dos mil novecientos veintiséis caballos; pero sumadas con las inútiles, se llegaba á veintitrés mil seis hombres y cinco mil seiscientos setenta y cuatro caballos..... Y no había en las arcas del erario con que pagar ese ejército!

La responsabilidad ministerial habría sido entonces un recurso serio para Napoleón. Desde que hubiese estado convencido de la necesidad de dar fin á la expedición de México, no importa cómo, habría incontinenti despedido á Rouher y á Drouyn de Lhuys, y llamado á Larrabure, á Buffet ó á cualquier otro ministro de la mayoría contraria á la expedición. Estos nuevos

1 Bazaïne á Napoleón, 1º de marzo de 1866.—NOTA DEL AUTOR.

ministros no habrían tenido que desautorizar nada ni que entrar en componenda alguna, y sin que su dignidad ni la de su soberano se resintiesen, habrían tomado inmediatamente el único partido posible: traer á Francia á Maximiliano. Pero como las instituciones no permitían esa práctica todavía, Napoleón III, solo y visible responsable, se encontraba en un extremo embrazo. ¿Podía él mismo destronar al príncipe á quien había ido á buscar á Miramar y cuya aceptación del trono había logrado con tanta dificultad? ¿Cómo Rouher, con toda su facundia, podía borrar el recuerdo de sus frases enfáticas, no olvidadas por nadie, y referentes á *aquel gran pensamiento del imperio* y á *la gloria inmortal que iba á dar al emperador*? En vista de estos inconvenientes, fué preciso proceder más al sesgo y con mayor doblez que como se había procedido desde el principio de la expedición, obrar con más astucia, desmentir con mayor frecuencia las palabras con los actos, y el último episodio de esta triste aventura fué más lamentable que los precedentes, que tanto lo habían sido. Se había empezado mal y se terminaba peor.

XI. (1)

El discurso con que abrió el emperador el período de sesiones de 1866, fué sin duda uno de los más tranquilamente optimistas que pronunció. Acerca del asunto de México manifestó una gran confianza: «Nuestra expedición toca á su fin. Me estoy entendiendo con el emperador Maximiliano para fijar la época del llamamiento de nuestras tropas. La emoción producida en los Estados Unidos por la presencia de nuestro ejército en el territorio mexicano, se calmará en vista de la franqueza de nuestras declaraciones».

La discusión de las enmiendas propuestas á la contestación á ese discurso por el Cuerpo legislativo, fué precedida en el Senado por interesantes sesiones. En una de ellas, el mariscal

1 Parágrafo formado como el XI del capítulo I.—NOTA DEL TRADUCTOR.